

viesen á su situacion propia , y natural , á fin de que por el esfuerzo que hacian , dividiesen con una horrible violencia el cuerpo que á ellas se habia atado.

II No debe creerse que estos sangrientos estragos han sido repetidos con retardaciones , sino con la mayor frecuencia. Unas veces eran diez los Mártires , algunas veces veinte , otras treinta , y aun sesenta , ochenta otras : hubo dia que quitaron la vida hasta ciento entre hombres , mugeres , y niños ; recibiendo estos la muerte con los tormentos. Yo mismo , en el tiempo en que habitaba en aquellos quarteles , ví en un solo dia morir á sangre , y fuego un tan gran número , que se llegaron á formar como montes con el conjunto de los cadáveres. Embotados los filos de los sables con tanto degüello , como que se resistían á continuar este sangriento estrago , y cansados los verdugos para volver á tomar fuerzas , se veían precisados á alternar. ¿ Con qué ardor , no obstante , estos fervorosos Christianos corrian al martirio ? Apenas habia pronunciado el Juez la sentencia de muerte contra algunos , quando al instante se reemplazaba con otros el tribunal , gritando : Nosotros somos tambien Christianos. Todo este aparato de suplicios no los espantaba : miraban sin alteracion aquellas terribles máquinas que la rabia de los tiranos habia inventado para atormentar á los que confesasen á Jesu-Christo. Nada les era mas dulce á sus oídos , que una sentencia que los condenaba á morir por su Sal-

vador : mostrábase entonces la alegría en su rostro ; y su boca se abría para los Himnos , y los Cánticos de acciones de gracias , que no cesaban de oírse hasta su último fin.

- 12 ¿ Pero qué profusion de alabanzas , qué tropel de elogios no merecen aquellos que pudiendo hacer en el mundo una figura considerable , ya por su nacimiento , ó por sus riquezas , ya por la hermosura de su espíritu , por la belleza de su ingenio , ó por los encantos de su eloqüencia , ó ya en fin por su vasta , y profunda erudicion , abandonaron todas estas ventajas de la naturaleza , por unirse únicamente á Jesu-Christo , y guardarle una fidelidad inviolable ? De este número fue Filoromo , Recaudador de Rentas en Egipto : de este número fue Fileas , Obispo de Thmuis , excelente Filósofo , y que habia pasado por todos los empleos honoríficos de su Provincia con una general estimacion de los Pueblos ; aunque los amigos , y los parientes del uno , y del otro , todas gentes de distincion , les suplicasen con la mayor eficacia , salvarsen su vida : aunque el mismo Juez les exhortase á tener compasion de sí mismos , sus hijos , y sus mugeres : que por su muerte iban á quedar sin padre , y sin esposo , expuestos acaso á perder tambien la vida. Pero ni las súplicas de sus parientes , ni las amenazas del Juez , ni sus exhortaciones , ni en fin la vista de lo mas amado que ellos tenían , nada de todo esto les pudo hacer jamás titubear , ni tentarles la mas mínima cosa del mundo á conser-

var su vida , sus empleos , y su familia , á vista de lo que debian á Jesu-Christo ; sino perseverando hasta el fin en su generosa resolucion , sostenida por la fuerza , y el vigor de su espíritu , ó por mejor decir , fortificados por la gracia , resistieron á todos los acometimientos que pudieron hacer contra ellos el mundo , la naturaleza , y el honor : finalmente , entregaron felizmente la vida á los golpes sangrientos de la cuchilla con que un verdugo cercenó sus gargantas.

13 Oigamos al mismo Fileas en una carta que escribió á su Pueblo de Thmuis , en que hace la relacion de la muerte de muchos Mártires ; cuyo testigo fue durante el tiempo que vivió en Alexandria. Ved aquí como habla este Santo Obispo , y este Martir glorioso:: “ Estos exemplos tan persuasivos , estos milagros tan ciertos , estas máximas tan santas , que á cada paso se hallan en la Escritura , y de que nuestros bienaventurados Mártires habian llenado el espíritu , y el corazon en la continua lectura que hacian de los sagrados libros , facilmente los habian determinado abrazar con alegría la muerte que se les presentaba. Sabian que nuestro Señor Jesu-Christo no se había hecho hombre sino para exterminar el pecado , y para facilitar á los hombres los medios de llegar al Cielo , siendo el primero que con su exemplo nos enseñó este camino estrecho , y áspero. En efecto , Jesu-Christo (1) conociendo que por su di-

(1) Philip. 2.

» vino sér era igual al Eterno Padre , quiso no obstante , como anonadarse uniendo su divinidad á una forma , y naturaleza servil , humanaéndose por los hombres ; humillóse á una obediencia grande que conservó hasta la muerte , que recibió en la cruz.

» Esta consideracion es la que ha hecho que estos Santos Mártires , remontando sus deseos hasta la mas alta idea del Christianismo , abrazaban valerosamente los tormentos mas crueles que pudo inventar la tiranía. Y aunque los soldados , propios ministros de hombres tan bárbaros , se hayan esforzado á intimidarlos con amenazas , y toda especie de ultrages , con todo eso no se mostraban , ni menos firmes , ni menos valerosos ; porque la perfecta caridad animaba sus espíritus. ¿ Qué palabras fueron tan poderosas que alcanzasen en sus expresiones ofrecer á la comprehension de los hombres aquella valentía , resolucion , y constancia con que se mostraron estos generosos soldados de Jesu-Christo ? Porque como le era permitido á cada uno de los verdugos el insultarlos , y como los paganos , ó por una cobarde complacencia para con el Gobernador , ó por un falso zelo para con sus Dioses , ó por satisfacer el odio implacable que nos tienen , se formaban una especie de mérito en maltratarlos : habia quien los azotaba , ya con varas , con cuerdas , y muchas correas , ó tambien con palos gruesos , y nudosos , con que les rompian las costillas. Era

E 2 „ una

„ una escena , que aunque siempre llena de san-
 „ gre , y de horror , se mudaba , no obstante,
 „ segun los diferentes semblantes que tomaba el
 „ furor de los tiranos. Porque tan presto se veía
 „ á un Martir atado á viga , ó poste , teniendo
 „ sujetos sus pies , y manos á unas cuerdas , que
 „ asidas á unas ruedas , movidas estas con rapi-
 „ dez , y violencia , los desquartizaban misera-
 „ blemente : tan presto se le desgarraban á otro
 „ el vientre , las costillas , los brazos , y las pier-
 „ nas con peines de hierro : colgábasele á aquel
 „ por un brazo solo á una puerta. Este es uno de
 „ los mas crueles suplicios que se pueden pade-
 „ cer ; porque cayendo todo el peso del cuerpo
 „ hácia abaxo , descoyunta todas las junturas de
 „ la espalda , de los brazos , y de los dedos , y
 „ hace estirar los nervios , alarga los músculos,
 „ rompe las venas , y quiebra los tendones. Ata-
 „ ban en fin á otros á un pilar , pero de suerte
 „ que sus pies no tocasen en tierra , con el fin de
 „ que las apretadas cuerdas , con la pesadez del
 „ cuerpo entrasen bien en la carne. En fin , estos
 „ tormentos duraban algunas veces todo un dia.
 „ Porque mientras que el Juez estaba ocupado en
 „ hacer á unos el interrogatorio , los verdugos
 „ tenían orden de continuar atormentando á los
 „ otros , hasta que se viese que ya estaban pron-
 „ tos á espirar ; que entonces se les desataba , y
 „ se les arrojaba á un rincon , en donde acaba-
 „ ban. Decíase ordinariamente que no se debia te-
 „ ner compasion alguna de nosotros , y que no

„ convenia mirarnos como hombres. Poníanse á
 „ muchos en cepos con los pies apartados hasta
 „ el quarto agujero ; pero la mayor parte se veían
 „ precisados á estar echados de espaldas , á causa
 „ de una infinidad de contusiones , y de cardena-
 „ les negros , y cárdenos de que estaba cubierto
 „ todo su cuerpo. Era un espectáculo bien triste,
 „ y bien lastimoso el que forma este gran número
 „ de Mártires , tendidos sobre el suelo , casi ago-
 „ nizando , padeciendo no obstante inmensos do-
 „ lores , y haciendo ver por la diversidad de sus
 „ llagas de cuántas especies de instrumentos se
 „ habia valido la crueldad de los tiranos para
 „ atormentarlos. Muchos espiraban entre las ma-
 „ nos de los verdugos : otros habiendo sido vuel-
 „ tos á la prision , moribundos acababan en ella
 „ sus vidas pocos dias después entre dolores in-
 „ creibles. No obstante , ha habido algunos , que
 „ habiéndose libertado de la muerte por haber
 „ acudido con tiempo á su curacion , se han ido
 „ ellos mismos á los cadahalsos , y huyen las mo-
 „ lestas instancias de la idolatría.”

14 Ved aquí lo que un Santo Obispo , Mar-
 tir , y Filósofo escribe á los fieles de su Iglesia
 de los diversos suplicios que padecian los Chris-
 tianos , y de los quales habia sido testigo antes de
 experimentarlos él mismo , habiendo escrito esta
 carta en la prision , donde permaneció algun
 tiempo antes de ser martirizado. Pero sin dete-
 nernos mas en referir por menor esta serie de
 sangrientas execuciones , que se hicieron en las

Provincias, vamos á contar una que comprehendió en un dia á todos los habitantes de una Ciudad, á quien los Paganos sitiaron del mismo modo que á una Ciudad enemiga, la qual arruinaron despues enteramente, sin dexar en ella otra cosa que unas débiles reliquias.

15 Era esta una Ciudad de la Frigia habitada por los Católicos. Un cuerpo de tropa enviado por el Emperador la bloqueó: púsole fuego á esta poblacion con mechones encendidos, y otros artificios, con tanta actividad, que en menos de nada la reduxeron á cenizas, con todos sus habitantes, hombres, mugeres, y niños; los quales perecieron todos invocando el nombre de Jesu-Christo, y publicando altamente la divinidad en medio de las llamas.

16 ¿Pero cómo podré yo ahora contar aquel prodigioso número de Mártires, que derramaron su sangre en las otras Provincias? ¿Cómo se han de señalar todos en particular, y por su nombre? ¿Y cómo, en fin, se ha de exponer á los ojos de mis lectores, las diferentes suertes de tormentos que les hicieron perecer? Por exemplo, hubo muchos á quienes se les cortó la cabeza, como en la Arabia: otros que fueron enrocados vivos, como sucedió en la Capadocia: otros que habiendo sido colgados con la cabeza hácia abaxo sobre un fuego lento, y hecho de una leña verde, y húmeda, fueron ahogados con el humo; esto es lo que se vió en la Mesopotamia: y otros en fin, á quienes se les cortaron los pies, las manos,

las

las narices, y las orejas, abandonando las heridas, para que muriesen acancerados: de este modo cruel fue como consumaron su carrera muchos Mártires de Alexandría.

17 ¿Y podrémos hablar de lo que pasó entonces en Antioquía, sin temor de llenar el espíritu de los lectores de imágenes funestas, y de afligir sus ánimos con la relacion de tantas crueldades? Tendíanse á unos sobre parrillas de hierro con fuego lento, y se les dexaba espirar poco á poco, retardando su muerte lo mas que podian, para hacer que su suplicio durase por mas largo tiempo. Viéronse otros que metian sus manos en los braseros ardiendo por no mancharlas con el contacto sacrílego de las víctimas ofrecidas á los Idolos. Y en fin, hubo quienes viendo acercarse los soldados, enviados para prenderlos, se precipitaron de lo alto de sus casas, queriendo mas arrojar en los brazos de la muerte, que caer entre las manos de estos ministros de la impiedad (1).

18 ¿Quién podrá, sin estremecerse de horror, oír contar los terribles tormentos que executaban sobre los Christianos en la Provincia del Ponto? Metíaseles á los unos espinas de rosales secos por entre las uñas: regábase de plomo derretido los cuerpos de los otros: abríaseles el vien-

E 4

(1) Aquí toca Eusebio como de paso la Historia de Santa Domnina, y de sus hijas. Pero como se halla referida un poco mas abaxo con todas sus circunstancias por S. Juan Crisóstomo, nos ha parecido el omitirla en este lugar por evitar las repeticiones.

tre, y los costados á algunos, metiéndoseles instrumentos, é introduciéndoseles fuego hasta las entrañas. Habia entre aquellos tiranos, é inhumanos una ardiente emulacion, y competencia sobre quien inventaría suplicios mas exquisitos, y mas raros; y como si hubiera premio para el que excediese en sus invenciones, se esforzaban todos, así como hacen los Atletas en el combate de la lucha, ó de la carrera, en darle mas ventajas á su inhumanidad. Finalmente, estas horribles crueldades no tuvieron fin hasta que desesperados los tiranos de hallar martirios mas dolorosos, y como cansados de tantas muertes; viendo anegada su ferocidad en sangre de los Mártires, quisieron como descansar dando martirios menores: lo qual tuvieron gran cuidado de publicar como un exceso de su benignidad. Bastante sangre de Ciudadanos, decian ellos, se habia derramado ya: querian detener su curso, y no manchar mas las Ciudades con estas sangrientas atrocidades: que era necesario mirar por el honor, y la reputacion de los Emperadores; los quales, aunque los mas dulces, y los mas clementes de todos los Príncipes, pasarían por tiranos en los siglos venideros: que era justo que cada uno mostrase, y participase de la dulzura, y de la moderacion de su reynado; y que así no volvería á martirizarse mas á ningun Christiano, estando enteramente abolida, y anulada la pena ordinaria de muerte por la suma bondad de los clementísimos Emperadores.

Co-

19 Comenzóse, pues, á tratar á los fieles con menos inhumanidad. No se les daba mas martirio que sacarles el ojo derecho, y desjarretarles la corba izquierda. Verdad es, que esta gracia se extendió á tantos Christianos, que es imposible saber el número de los que, despues de estas dos operaciones, fueron enviados á las minas, no tanto para trabajar en ellas, como para ser expuestos á vista de las gentes, como modelos de un valor invencible, de una paciencia inalterable, de una fé viva, y de un amor purísimo; las quales virtudes no podian ser sino efectos admirables de la poderosa proteccion del Salvador sobre sus fieles siervos.

20 Entre los Obispos, y los Presbíteros que padecieron por Jesu-Christo en las Ciudades mas considerables del Imperio, ademas de Antimo, Obispo de Nicomedia, del qual hemos hablado ya (1), se halla Luciano, Presbítero de Antioquía. Este santo, y sabio hombre, despues de haber anunciado el Reyno de Jesu-Christo por sus palabras, y de haberle defendido por una eloqüente apología que presentó al Emperador, aun confirmó la verdad por su muerte. Cuéntanse despues entre los Mártires de Fenicia Tirannion, Obispo de Tiro: Zenobio, Presbítero de Sidon; y Silvano, Obispo de Emesa (2). Este último fue expuesto á las bestias en su Ciudad Episcopal; y los dos primeros dieron un ilustre testimonio á la Fé

(1) Al núm. 6. (2) El 20 de Febrero.

Fé Christiana en Antioquía. Habiendo sido arrojado Tirannion al mar, y Zenobio, el qual á la ciencia de la Religion añadía la de la medicina, espiró en medio de los tormentos. En la Palestina, otro Silvano (1), Obispo de Gaza, acompañado de otros treinta y nueve, los degollaron en odio de la Fe de Jesu-Christo. La misma Provincia fue tambien honrada con el martirio de Peleo, y de Nilo (2), Presbíteros Egipcios, y de algunos otros del mismo país, que fueron quemados en Cesaréa. El Egipto tuvo tambien sus Mártires: á Pedro Obispo de Alexandría, personaje eminente en santidad, y doctrina: Fausto, Dio, y Ammonio, Presbíteros de la misma Iglesia: Fileas, Esquio, Pacumio, y Teodoro, que ocupaban diversas Sillas; y una casi innumerable multitud de otros fieles, digna de una eterna memoria, que derramaron su sangre en todas las Ciudades del Egipto, y de la Tebaida. Nosotros dexamos á los que han sido testigos de los combates, y de las victorias de tantos generosos Atletas, el cuidado de describirlos, y dexar de ellos una fiel pintura á la posteridad.

(1) El 6 de Febrero. (2) El 20 de Febrero.

HIS-

HISTORIA DE LOS MARTIRES DE LA PALESTINA.

Escrita por Eusebio Obispo de Cesaréa.

Desde el año de Jesu-Christo 303, hasta el año 310, en el imperio de Diocleciano, y de Maxímiano Herculeo.

I EL año 19 (1) del reynado de Diocleciano, en el mes Xántico, que los Romanos llaman Abril, y algunos dias antes de la fiesta de Pasqua, se publicó en toda la Palestina por orden de Flaviano, que era Gobernador, el mismo Edicto contra los Christianos, que se habia publicado en Nicomedia el mes precedente.

2 En virtud de este, se arrestó á Procopio, que fue como las primicias de los Mártires de la Palestina. Llevósele en derecha al Gobernador, que le mandó dar culto á los Dioses; pero él le respondió, que no conocia mas que á uno, á el qual ofrecia sacrificios en la manera, y con las ceremonias que él mismo habia prescrito. Y quando se le instaba á dar incienso á los quatro Emperadores (2), replicó por un verso de Homero, haciendo alusion á este gran número de Señores que tenia entonces el Imperio: No es pro-

(1) El año de Jesu-Christo 303. (2) Diocleciano, Maxímiano, Constancio, y Galerio.